

R. 147.334

GA-22951

*Esta mañana me reuní al de la
Consejería, y han puesto término de impre-
mar el de D. José de Labraga, que es notable, pro-
moverlo en la Escuela de Artes y Oficios, re-
la comisión inmediatamente.*

Seminario Conciliar Central de Santiago.

DISCURSO

LEÍDO

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1896 Á 1897

POR EL DOCTOR

D. José M.^a Anido Rodríguez,

PROFESOR DE LATINIDAD.



COMPOSTELA:

IMP. Y ENC. DEL SEMINARIO CONCILIAR

1896

Ca. 22951

Etiqueta Vermelha
(En Capeta)

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO



00557068



EXCMO. Y REVMO. SR.:

Señores:



NO se contentó el Omnipotente con dar al hombre un alma espiritual é inmortal, destello de su misma Divinidad, haciéndole así muy poco inferior á los ángeles y semejante á Él; pródigó con el rey de este mundo visible, otorgóle además una facultad excelente, un don incomparable en perfecta armonía con la sublimidad de su espíritu, signo característico de la diferencia esencial que media entre el hombre y los animales, y distintivo á la vez del dominio é

imperio que recibió sobre todos ellos. Esta facultad excelente, este don incomparable es la facultad de hablar, el don de la palabra.

La palabra: he aquí, señores, una cosa de que nos valemos á cada instante, muchas veces como por hábito y rutina, y sin embargo es un fenómeno sorprendente y admirable que encierra en sí una porción de misterios que nunca conseguirán descifrar los más perspicaces talentos ni los más profundos filósofos.

En un poco de aire, que recibe algunas inflexiones al atravesar el aparato vocal, envolvemos, digámoslo así, para comunicar á nuestros semejantes, lo más espiritual y recóndito que hay en nuestro ser: nuestros pensamientos y afectos. Por medio de la escritura, que no viene á ser otra cosa que la palabra misma triunfando del tiempo y del espacio, nos comunicamos con los ausentes, con las generaciones futuras y con las que nos precedieron. Con el mismo aparato un pensamiento, un afecto cualquiera podemos revestirlo de formas tan variadas y distintas cuantas son las lenguas y dialectos conocidos. Sin la palabra, la sociedad se hace imposible, y el hombre, reducido á la condición de los brutos, no podría llenar cumplidamente su misión

sobre la tierra. Nuestro modo de pensar y obrar, y en general todo nuestro ser, se refleja de tal manera en la lengua, que el hombre y las generaciones, á medida que se van sucediendo unas á otras, dejan como estampado en el lenguaje su carácter y su fisonomía; y así como decimos que por el estilo conocemos al hombre, porque el estilo es el hombre, así también estudiando las lenguas de las tribus, pueblos y naciones se puede llegar al conocimiento de las múltiples y variadas manifestaciones de la vida de los mismos; porque el idioma contiene en sí los testimonios más antiguos y auténticos sobre el modo de pensar, sentir y obrar de los pueblos en todos los órdenes y en todas las épocas.

Confirman por modo indubitable estas ligeras indicaciones el gran impulso que de poco acá recibieron en casi todas las naciones cultas las diferentes ramas de la ciencia del lenguaje como la Filología, la Lingüística y los trabajos de gramática comparada, principalmente en Inglaterra, Alemania y Francia, donde se enseñan y explican la mayor parte de los idiomas clásicos de la antigüedad y gran número de los modernos; los maravillosos progresos realizados por este medio en el estudio de la historia de las lenguas y dialectos de los pueblos; el

afán con que al cultivo de esta ciencia se han consagrado durante toda su vida varones de esclarecido ingenio y merecida nombradía; las peregrinas teorías de los materialistas acerca de la naturaleza y desarrollo de las lenguas; las consecuencias que del examen de las mismas se intentaron deducir contra la unidad de la especie humana, y por último la preferente atención, la singular solicitud y esmero con que la Iglesia ha mirado siempre el cultivo de las lenguas.

La solemnidad de este acto, ya de suyo imponente, y que contribuyen á realzarla con su presencia respetabilísimas personas de indisputable talento, de reconocida y vasta erudición, entre las que sobresale la veneranda figura de nuestro sabio é insigne Prelado, exigía, bien lo comprendo, un discurso que por la abundancia y solidez de la doctrina, por la elegancia y pureza de la dicción no desdijera de las brillantes disertaciones pronunciadas en ocasiones análogas desde este mismo sitio, y escuchadas con visible delectación por la escogida concurrencia que llenaba las espaciosas naves de este majestuoso templo.

Mas en la imposibilidad, dadas las escasas luces de mi corto ingenio, de emular los luminosos y pro-

fundos trabajos de tan sabios maestros y carísimos profesores, me concretaré á hacer tan sólo un ligero examen sobre la

IMPORTANCIA DE LOS ESTUDIOS FILOLÓGICO-LINGÜÍSTICOS.

Y aún así, solamente la firme esperanza de que no habréis de negarme vuestra generosa benignidad tan amplia como es menester, porque bien se cumple en vosotros el principio de que la indulgencia se mide por el mérito de quien la concede y la humilde condición del que la pide, y por otra parte el vivo deseo de responder al superior mandato del dignísimo Rector de este Seminario, son los únicos estímulos que me animan y alientan á llevar la voz de este Centro docente en tan solemne ceremonia.





I

Excmo. y Revmo. Sr.:

SEÑORES:

ES LA FILOLOGÍA ciencia que estudia el lenguaje; su objeto es el examen de los elementos que constituyen la palabra, á saber: el sonido que llamamos *palabra* y el significado ó idea expresada por la misma. Ahora bien: siendo de sumo interés, de excepcional importancia para el individuo y para la sociedad el estudio de los elementos de la palabra y por lo mismo del lenguaje, lazo social de los hombres entre sí, se deduce como consecuencia lógica y necesaria la trascendental importancia de la Filología.

Mas, con el fin de fijar y determinar con claridad el verdadero alcance y significado de la palabra FILOLOGÍA, no estará por demás advertir, antes de entrar en materia, que de ningún modo se deben confundir los términos Lingüística y Filología propiamente dicha, que si bien son dos ciencias hermanas, dos ramas de la Filología general, cada una tiene su objeto propio é inmediato.

La extensión inmensa que en estos últimos años han recibido los estudios sobre el lenguaje, hizo necesaria esta división.

La LINGÜÍSTICA estudia exclusivamente la lengua y las leyes gramaticales, que presiden á la formación y desarrollo de los idiomas, sin cuidarse del examen de las producciones literarias de los mismos, de las que tan sólo se vale como de medio para llegar al conocimiento de la lengua, que es su objeto inmediato; y, aunque por razón del método con que procede en sus investigaciones se aproxima á las ciencias naturales, la semejanza que con ellas guarda es tan sólo de simple analogía, no de conformidad esencial, como pretende Schleicher y con él todos los materialistas. Las ciencias naturales estriban en leyes fijas impuestas por la voluntad libre de Dios; el funda-

mento de la Lingüística es la Psicología, y siendo como son las lenguas el molde en que se vacían y consignan las manifestaciones, la actividad del espíritu humano, dicho se está, supuesta la revelación de la primitiva lengua hecha por Dios á nuestros primeros padres, que las leyes porque se rigen y gobiernan las lenguas en su formación y desarrollo dependen necesaria y forzosamente de la libre voluntad del hombre; y, si bien es cierto que en ellas se nota algo de invariable, esta invariabilidad no es de carácter fisiológico.

La Filología propiamente dicha examina las producciones literarias de los idiomas y éste es su fin inmediato, aunque para conseguirlo necesita valerse de la Lingüística como de medio. El filólogo sólo puede hacer estudios en lenguas que se hayan perpetuado por medio de producciones ó monumentos literarios. El lingüista se vale de las producciones literarias para conocer á fondo el idioma, pero su fin primario es la gramática y lexicografía. Hay idiomas que carecen de literatura, como es el Osético en el Cáucaso, y cuyo estudio puede ser de gran utilidad al lingüista.

La Filología estudia todas las manifestaciones del espíritu humano, ó sea la vida intelectual y

moral de los pueblos, deducida de la forma más natural y espontánea de su expresión, cual es la lengua.

Siendo la palabra el medio más perfecto y adecuado de que disponemos para comunicar á los demás nuestros pensamientos; "si en el estilo, como dice el docto académico y distinguido catedrático Sr. Commelerán, se reflejan las ideas, sentimientos, educación y hasta el carácter personal del escritor, es evidente que en el lenguaje se reflejan las ideas, aspiraciones, cultura intelectual y moral de los pueblos, sus prosperidades é infortunios, el progreso ó la decadencia y hasta el estado porque atraviesan las naciones en épocas determinadas; todo deja impreso en el lenguaje huella indeleble, á tal punto que bien puede afirmarse que la historia de una lengua es la historia del pueblo que la habló. Verdad que en términos generales formuló Séneca cuando dijo: *Talis hominibus oratio qualis vita.*" De donde se colige que la Filología es la rama más importante de la historia, como que tiene por objeto inmediato el conocimiento de la vida íntima, intelectual y moral de los pueblos, tal como se revela en el lenguaje; puesto que analizando los monumentos literarios de

un pueblo ó de una nación, suministra datos los más auténticos y fehacientes para juzgar y apreciar las creencias religiosas, los progresos, hábitos, costumbres, género de vida, y, en una palabra, lo que más caracteriza y distingue á un pueblo, que es su historia interna.

Para cerciorarnos más de esta verdad fijemos por un momento nuestra consideración en el pueblo romano, cuya historia todos conocéis, y veremos cómo las producciones literarias que de él se conservan; revelan su carácter y modo de ser en cada época; y que los mismos escritores que narran los progresos, hazañas y proezas del pueblo que llegó á enseñorearse del mundo conocido, pintan á la par las virtudes y los vicios de sus habitantes y todo aquello que más contribuye á esclarecer la historia de las naciones. Bien se reflejan la naturalidad y rudeza primitivas de este pueblo á través del **Canto de los hermanos Arbales**, de las **Leyes de Numa** y de algunos fragmentos de los **Himnos de los sacerdotes salios**, que son las producciones literarias más antiguas que se conservan de la lengua latina. Las comedias, que de Ennio, Plauto y Terencio han llegado hasta nosotros, dan una idea de las costumbres viciosas de aquel pueblo,

así como del culto supersticioso que tributaban á sus falsas y mentidas deidades. Es verdad que Ovidio, Horacio y Virgilio, elevando la literatura latina á muy alto grado de esplendor conquistaron renombre y fama imperecedera, pero ¿quién, leyendo las composiciones de los primeros, no comprende que la sociedad romana se hallaba entregada á los vicios más bajos y que la degradación en las diferentes clases sociales había llegado á un extremo inconcebible? ¿Quién, al leer las sublimes descripciones donde Virgilio pinta los dulces placeres en que se embriagan los moradores de los Campos Elíseos y el eterno infortunio de los míseros que gimen bajo el duro yugo de Plutón, dios del Tártaro, no conoce la creencia de los romanos en una vida futura, feliz ó desventurada?

¿No vemos á Cicerón valerse del amor á la patria y de todos los sentimientos profundamente arraigados en el corazón de los romanos, como de otros tantos recursos oratorios para conseguir el fin, que en sus célebres discursos se proponía?

Las circunstanciadas descripciones, que se hallan en Tito Livio y Salustio, de las guerras llevadas á cabo por los romanos, así como de los triunfos y ovaciones que dispensaban á los generales

que regresaban victoriosos, prueba son y bien patente del carácter guerrero de este pueblo, que aspiraba á la dominación universal. En fin, quien lea, siquiera someramente, las obras de los principales escritores latinos, no podrá menos de notar que, en el fondo de ese cuadro de poderío y grandeza exterior en todos los órdenes que festonean y adornan la historia de Roma, se destacan la tiranía y el despotismo de los que mandan, y la insubordinación y rebeldía de los súbditos. Allí se vé totalmente desconocida la noción de virtud y la sociedad entera gimiendo, víctima de las más desenfrenadas costumbres hasta el punto de convertir en arte los vicios más repugnantes é ignominiosos. Huelga el fijarnos en Grecia: bien sabéis que las producciones de sus poetas y las obras de sus filósofos fueron celebradas en todos los siglos, pero apenas y entristece el contemplar á hombres como Platón, que, después de vislumbrar grandes verdades en el orden religioso y filosófico, consigna en sus obras, y especialmente en su famosa *República*, cosas que ruborizan, pero que son eco fiel de las ideas dominantes en aquella envilecida sociedad.

Lo dicho de Roma y Grecia puede muy bien aplicarse á todos los pueblos en la completa segu-

ridad de que no hay medio más á propósito, ni más seguro para llegar á conocer la historia de un pueblo, principalmente en todo aquello que se refiere á su vida interna, que el estudio de sus producciones literarias.

Somos deudores á la Filología de los principales datos que poseemos acerca de la historia de la India y de los demás pueblos orientales.

El estudio del *sánscrito* y de los principales dialectos derivados del mismo ensanchó extraordinariamente el campo de las investigaciones filológicas.

En los Vedas, libros sagrados de los indios, al lado de los innumerables errores que contienen, como el Politeísmo y la eternidad de la materia, brillan, aunque desfiguradas, verdades que pertenecen al depósito de la verdadera revelación. El indio se considera como peregrino en la tierra, sus aspiraciones tienden á unir el *yo* personal con el del Eterno. Algunas de las leyes relativas á la sociedad doméstica están inspiradas en la moral más pura. La religiosidad del indio se manifiesta sobre todo en el respeto que profesa á la casta sacerdotal y que algunas veces degenera en adoración. El Brahman tiene tan elevado concepto de su digni-

dad, que se cree superior á los reyes cuya autoridad y poder desprecia como inferiores al predominio moral que ejerce sobre los mismos. Este fondo religioso, que resalta en el indio lo mismo que en el persa adorador de Ormud y en el chino sectario de Confucio, es prueba inequívoca de que está por completo destituida de fundamento la opinión de Mr. Renán y otros que, con sobrada mala fe, suponen que la familia semítica ha sido la única espontánea y eminentemente religiosa.

El examen de la literatura india nos da una idea de la cultura intelectual de ese pueblo.

Las magníficas composiciones épicas, líricas y dramáticas de sus poetas indican que el pueblo indio no es, como se supone generalmente, del todo ignorante, esclavo de supersticiones é incapaz de remontar su imaginación más allá de los objetos materiales que le rodean. Los bellísimos dramas de Kalidasa han merecido no sólo los elogios de sus compatriotas, quienes, sin duda por exceso de patriotismo, pretenden colocarle sobre el mismo Shakespear, sino también de muchos extranjeros que han leído algunas de sus obras (1).

(1) He aquí las palabras pronunciadas por el inmortal Goethe al leer la primera traducción de un drama de Kalidasa inti-

Al llegar aquí, señores, de buen grado hubiera pasado por alto los trabajos realizados por los filólogos para descifrar los jeroglíficos de Egipto y la escritura cuneiforme de la Asiria y de la Caldea, pero estos trabajos arrojan tanta luz sobre la historia de esos pueblos y confirman por modo tal algunos puntos históricos de las Sagradas Escrituras, que no dudo me permitiréis una breve reseña de los mismos. Todos admiraban los soberbios obeliscos levantados en San Juan de Letrán, en el Vaticano, en Santa María la Mayor, en Roma, y en la plaza de la Concordia, en París, testimonios irrecusables del gran desarrollo y perfección á que llegaron las artes en el antiguo imperio de los Faraones. En los grabados que cubren la superficie de los mismos nadie veía otra cosa que caprichosos adornos ejecutados á perfección por una mano hábil.

Estaba reservada la gloria de dar el primer paso en la lectura de los jeroglíficos á la Comisión de sabios que, á fines del siglo pasado, acompañó á

tulado Sakuntala: Quieres las flores de primavera y los frutos de otoño; quieres cosa que enamora y encanta, quieres algo que alimenta y sacia, quieres comprender el cielo y la tierra en un sólo nombre, ¡pronuncia Sakuntala! y todo está dicho.

Napoleón en su célebre expedición militar al Egipto. Se descubrieron entonces muchas antigüedades, pero ninguna de tanta importancia como la piedra de Roseta encontrada en las inmediaciones de esta ciudad, y depositada, hace ya tiempo, en el Museo Británico de Lóndres. Hay en sus caras una inscripción en dos idiomas distintos, griego y egipcio, escrito este último en caracteres jeroglíficos y demóticos. Contiene el texto un decreto expedido por los sacerdotes en favor de Ptolomeo Epífanes, el año noveno de su reinado, ordenando que se le erigiese una estatua en cada templo y que se le tributasen honores divinos en el día de su cumpleaños. Leído el texto griego, los lingüistas partieron de la hipótesis, que luego pasó á la categoría de una verdad, inconcusa, que las otras dos inscripciones contenían el mismo texto en diferentes caracteres jeroglíficos y demóticos. El texto jeroglífico estaba incompleto, y los lingüistas encaminaron sus esfuerzos á la lectura del demótico. Hizo los primeros ensayos el célebre orientalista de Sacy, y si bien consiguió algunos resultados, éstos no fueron del todo satisfactorios. Más halagüeños fueron los obtenidos por el Dr. Joung, pero cábele la gloria de haber dado cima á la difícil empresa de la lectura de

los caracteres jeroglíficos y demóticos á Champollion el joven, arrebatado á la ciencia en temprana edad. Suya es la primera gramática egipcia, base de todas las que se publicaron posteriormente. Gracias á estos trabajos y á otros descubrimientos posteriores, como el decreto de Canopus, que por su importancia relegó casi al ovido la piedra de Roseta, se puede leer ahora la escritura hierática y la demótica con la misma facilidad que el árabe y el hebreo.

La lectura de los jeroglíficos ha confirmado en muchos puntos la historia de Herodoto y rectificado otros varios de las famosas listas de Maneton. La egiptología dió mucha luz para explicar la invasión de los **Hiksos** y otros puntos importantes, hasta ahora inexplicables, de la historia del Egipto y que por este medio se irán aclarando de día en día.

Mas no es éste el único ni el principal servicio prestado por la egiptología. Los egiptólogos, algunos sin pretenderlo, mejor diré, intentando lo contrario, han confirmado con sus descubrimientos muchos pasajes del Antiguo Testamento. "En este punto las pruebas son tan minuciosas, dice el distinguido arqueólogo Matthey, y están expresadas

en un lenguaje tan claro, que se ve uno obligado á reconocer que el autor de los libros de Moisés ha debido no solamente conocer á fondo el país, que sirve de teatro á los acontecimientos que narra, sino además conocerlo en la época misma que los coloca. En efecto: muchos usos y costumbres á los cuales alude, desaparecieron en los tiempos posteriores, y por consiguiente no pudieron ser conocidos más que por un contemporáneo del Exodo.

Se encuentra, como no podía menos de suceder, en los monumentos egipcios, la mención de hechos bastante numerosos, sobre los cuales guarda silencio el historiador sagrado; pero en ningún caso se dió contradicción entre Moisés y los monumentos; tanto que en todas las cuestiones en que los historiadores profanos, que también describen con bastante exactitud las costumbres de su propio tiempo, han contradicho al autor del *Génesis*, los monumentos egipcios han decidido siempre inequívocamente á favor de Moisés“ (1).

No revisten menor importancia é interés los trabajos lingüísticos realizados por este mismo tiempo para conseguir la lectura de las inscripcio-

(1) Exploraciones modernas en Egipto.

nes cuneiformes, que tanto abundan en los antiguos imperios de la Asiria y la Caldea.

De estas naciones no teníamos otros datos históricos que los suministrados por los escritores sagrados; porque bien sabido es, en atención á las muchas fábulas que cuentan, la poca ó ninguna fe que merecen los historiadores griegos en todo lo que se remonta más allá de las **guerras médicas**.

Prescindiendo de los trabajos realizados con mejor intención que fortuna por Niebuhr, á fines del siglo pasado, y por Rich, á principios del presente, Weestergaad fué el primero que consiguió sacar en 1842 una copia exacta de la famosa inscripción trilingüe de la Roca de Behistun, cerca de Persépolis, asentada en la cima de una montaña que se eleva como unos 400 metros sobre el suelo. Burnouf, Lassen y Rawlinson consiguieron, después de ímprobo é incesante trabajo, leer la primera columna escrita en persa antiguo, muy parecido, aunque no idéntico, al del *Avesta*. Partiendo de la hipótesis, hoy demostrada, de que los antiguos reyes de Persia publicaban sus edictos en el propio idioma y en los más usados en sus dominios, consiguieron leer y determinar la lengua de la segunda

columna, que es la de los Medos. Por fin, Oppert, Hincks y Rawlinson, en Londres, valiéndose de las inscripciones halladas en las excavaciones de Nínive y descifradas ya, pudieron leer y determinar el carácter asirio de la tercera columna. Desde este momento el catálogo de las lenguas fué enriquecido con el Persa, el Medo y el Asirio, hasta entonces ignorados.

Como no podía menos de suceder, la fama de los primeros descubrimientos realizados en Persépolis cundió en breve tiempo por toda Europa, y juntamente con la noticia de algunos objetos hallados en excavaciones, sirvió de estímulo para que muchos sabios, protegidos por algunos gobiernos europeos, practicasen nuevas y grandes excavaciones en los parajes en que se suponía estuvieran asentadas las antiguas ciudades de Nínive y Babilonia. Layard, el más afortunado de estos exploradores, descubrió muy pronto algunas inscripciones cuneiformes donde se leía la palabra "Nínive," por lo cual desde entonces no le cupo ya la menor duda de que se hallaba en la soberbia capital de la Asiria.

Entre todos los objetos encontrados en las magníficas galerías de aquellos grandiosos pala-

cios, y que dan testimonio elocuente é irrefragable del desarrollo y perfección que habían alcanzado las artes, y del esplendor, poderío y magnificencia de sus reyes, merecen especial mención, por referirse muy directamente al asunto que nos viene ocupando, 20.000 piezas de ladrillo cubiertas de escritura cuneiforme, y que son otras tantas páginas de las bibliotecas de aquellos reyes. Esta, llamada de Assurbanipal, por haberla descubierto Layard en una de las vastas estancias de los palacios ultimados por aquel Rey, es hoy una de tantas joyas inapreciables como encierra el Museo Británico de Londres. Contienen estas piezas los fastos del mismo rey, conforme al estilo de otros palacios, y además, según afirma un ilustrado y distinguido escritor de nuestros días, “tratados de diverso género pertenecientes á la religión, á las leyes, á las costumbres, á la vida privada de los asirios, á la astronomía, á la astrología, á la magia, á la gramática, con diccionarios y otros trabajos acerca de la lengua asiria y de otro idioma más antiguo y quizá muerto en aquel tiempo” (1).

(1) Fernández Valbuena.—*Egipto y Asiria resucitados*.

La escritura cuneiforme, según se desprende de los datos recogidos hasta la fecha, parece que fué jeroglífica en un principio. Esta escritura, usada por asirios y babilonios debió proceder, según afirman distinguidos lingüistas, de otro idioma más antiguo. Como las inscripciones hablan con frecuencia de *Summir* y *Accad*, pueblos de la Caldea, Lenormant llama á este idioma **accadiano**, Oppert y Delisch **sumeriano**.

El estudio de las inscripciones de Asiria viene, como todas las demás ciencias, á confirmar con sus adelantos la verdad de la Sagrada Biblia. Las alusiones que en los Sagrados Libros se hacen á cada paso á los reyes asirios y babilonios Phul, Salmanasar, Sennacherib, Assaraddon, Nabucodonosor y otros, están en completa armonía y conformidad con las lecturas, que se van haciendo en la biblioteca de Assurbanipal y en otros textos cuneiformes. En vista de estos resultados, bien podemos cerrar este párrafo con las siguientes palabras de Neteler: "Esos asirios, que parecían resucitar para poner nuevo sitio á Jerusalén y echar por tierra el canon del Antiguo Testamento, dan testimonio, por el contrario, en favor de los hechos á los que no se quería dar crédito sobre la autori-

dad de los libros hebreos. Los datos bíblicos y asirios se corroboran recíprocamente."

Lástima que los sabios no hayan encontrado la clave para leer las muchas inscripciones que se hallan en las ruinas de Méjico: su lectura sería sin duda de gran importancia para conocer las lenguas, hábitos, usos y costumbres de los antiguos pobladores del imperio de Motezuma.

II

De la breve y sucinta reseña que acabamos de hacer de las producciones literarias de la India y de las inscripciones descubiertas en los antiguos imperios de los Faraones y de los poderosos reyes de Nínive y Babilonia, así como de la gran copia de datos que el estudio y examen de las mismas ha suministrado á los filólogos para reconstituir en gran parte la historia de esas naciones, ofreciéndonos gran número de detalles sobre la vida y costumbres de aquellas sociedades, de las que antes de ahora tan sólo teníamos datos vagos é inciertos, se colige con toda evidencia la decidida protección que se debe dispensar á los estudios filológicos, y el vivo interés que deben despertar en todos los que se precien de amantes de la civili-

zación y de la cultura, como que son el medio más á propósito y más seguro para penetrar en la vida íntima de los pueblos: en resumen, que la FILOLOGÍA es una de las más importantes fuentes históricas.

Pero, como, según dejamos indicado al principio de este humilde trabajo, *la palabra* es un compuesto de dos elementos esencialmente diferentes: uno material, cual es el *sonido articulado*, y otro espiritual, que es la *idea*, mal podrá penetrarse bien de la idea y de los pensamientos, que no vienen á ser otra cosa que una serie de dos ó más ideas enlazadas por un verbo, quien no examine y analice al mismo tiempo el sonido articulado, que es la forma material en que envolvemos las ideas y los pensamientos. De donde se deduce que si, como acabamos de ver, es de suma importancia el estudio de la *Filología* propiamente dicha, no debe ser menos el de la LINGÜÍSTICA.

Y ciertamente, el estudio de las lenguas es la base más sólida de una educación científica y literaria. El fin principal de la educación, sobre todo en los primeros años de estudios, debe ser, más bien que el adquirir un caudal de conocimientos sobre materias determinadas, cultivar y ejercitar las fa-

cultades intelectuales, adestrar, fortalecer y vigorizar la inteligencia del joven y colocarle en condiciones de que pueda consagrarse con fruto al cultivo de las ciencias y de las artes. Ahora bien, siendo el lenguaje oral la única expresión adecuada del pensamiento, ó más bien, el pensamiento mismo bajo otra forma, es evidente la utilidad y conveniencia del estudio de la Lingüística. En efecto, los estudios lingüísticos enseñan á medir y pesar, digámoslo así, las diferentes partes del discurso, las relaciones que guardan unas con otras, la extensión y comprensión de cada uno de los términos. De este modo nos acostumbramos á medir el verdadero alcance de los pensamientos y de las ideas; porque, según frase de uno de los más grandes genios de este siglo y gloria de nuestra patria, del inmortal Balmes: quien estudia el lenguaje, estudia el pensamiento, y cuanto adelantare en uno tanto aprovechará en el otro. Verdad que confirma M. Guixot con estas palabras: “los demás estudios se refieren al mundo exterior, proceden por vía de observación y suponen ya formada la inteligencia, se aplican á objetos diferentes de nosotros mismos. El estudio de las lenguas es en cierto modo personal, íntimo, espontá-

neo; es, en suma, lo que la gimnasia respecto del cuerpo. Así es que los mismos efectos que produce la gimnasia en el cuerpo produce el estudio de las lenguas en el espíritu: lo afirma y desarrolla, aumenta su soltura y su fuerza y le enseña á valerse más hábil y eficazmente de sí mismo.“ De aquí la conveniencia, por no decir necesidad, de que los estudios lingüísticos ocupen el primer lugar en los planes de estudios. Así lo reconocen las personas experimentadas en la educación de la juventud.

Otra ventaja muy digna de ser tenida en consideración reporta el estudio de las lenguas. El cultivo de una lengua extraña, principalmente de las llamadas muertas, contribuye poderosamente al conocimiento de la propia. Pasa con la lengua propia lo que con los objetos que nos rodean y en medio de los cuales vivimos: por hermosos y sorprendentes que sean no nos afectan ni llaman nuestra atención. Verdad es esta que todos habréis notado. Aquí parece tener aplicación el dicho *ab assuetis non fit passio*. Esto cabalmente y al pie de la letra sucede con el idioma nativo. Por ser el que hemos aprendido en el regazo de nuestras madres, lo empleamos á diario como por hábito y rutina, sin darnos cuenta ni parar mientes en los fenómenos que

en él se verifican, por raros y extraños que sean, sin apreciar sus gracias y sus primores, los vicios ó defectos de que adolece, mientras que, al estudiar un idioma extranjero, el entendimiento no puede menos de establecer comparaciones y notar las diferencias que median entre los dos, hasta tal punto, que un distinguido filólogo de nuestros días no dudó escribir: "Quien no conoce alguna lengua extraña parece como que nada sabe de la propia" (1). Para poseer una lengua no basta estudiarla tal cual aparece en una época determinada, es necesario algo más.

La razón y la historia de consuno enseñan que las lenguas, lo mismo que los pueblos que las hablan, no aparecieron de repente en un estado de perfección y desarrollo. Estos como aquellas atravesaron períodos de formación: recurriendo á esos períodos encontraremos la explicación, muchas veces clara y sencilla, de ciertos fenómenos lingüísticos, que en el estado actual aparecen como anomalías ó caprichos del idioma. Las lenguas, lo mismo que los pueblos que se valen de ellas en el mútuo comercio, proceden de otros pueblos, de otras len-

(1) García Ayuso: La Filología en sus relaciones con el Sanskrit.

guas con las que estuvieron identificadas en un tiempo. Al separarse, por grandes y profundas que sean las diferencias que en la actualidad las alejan de la lengua madre, no pudieron menos de llevar consigo una rica herencia, un copioso caudal de raíces, formas y construcciones sintácticas que revelarán siempre el origen y procedencia de las mismas, y que se conservarán en el nuevo idioma á través de los continuos cambios y modificaciones, que necesariamente han de experimentar en el transcurso de los tiempos. Para que el estudio de las lenguas sea provechoso y fecundo es de todo punto necesario el conocimiento de las relaciones que las aproximan, de las divergencias que las separan y de las causas que han motivado esas relaciones y divergencias. Merced á los profundos estudios realizados por distinguidos lingüistas en la lengua latina con sujeción á este método **histórico comparativo** (1), se llegó á descubrir la

(1) No intentamos con esto prejuzgar la cuestión tan debatida entre los defensores del *Método tradicional*, vigente hasta ahora en nuestras escuelas en la enseñanza de las lenguas, y los partidarios del *Método histórico comparativo*. Es innegable que á éste se deben, en su mayoría, los grandes progresos realizados últimamente en el terreno de la historia y de las lenguas. Sin embargo, tal vez no daría buen resultado aplicado á la enseñanza elemental de las mismas. Bien conocido es de todos el argumento con que le impugnan sus adversarios, y al que no se dió, ni se dará tal vez, contestación satisfactoria. Para estable-

identidad originaria de las terminaciones de cada uno de los *casos* de las cinco declinaciones latinas, así en singular como en plural, y que por lo mismo, en realidad no son cinco, sino una sola.

Con efecto, todo *caso* consta de *tema* ó parte invariable de la palabra y de la desinencia, que radicalmente es la misma para cada caso en todas las declinaciones. Para descubrir esta identidad en las desinencias basta fijarse tan sólo en el acusativo de singular de los respectivos paradigmas, que suelen poner los autores, y se notará que *musam, dominum, sermonem, sensum y diem* provienen de la combinación de *m*, desinencia propia del acusativo de singular, con el respectivo tema *musa, domino, sermon, sensu y die*, sólo que en *domino* se debilitó la *o* temática convirtiéndose en *u*, por eso decimos *dominum*, y entre

cer comparación; dicen, es de todo punto necesario que el que haya de comparar conozca los términos de la comparación. La conducta de sus mismos apologistas viene á robustecer este argumento. En efecto, M. Breal y M. Person, distinguidos filólogos y decididos propagandistas del *Método histórico comparativo*, publicaron en París en 1888, una gramática elemental latina que no es, ni más ni menos, otra cosa que la reproducción de la de Lhomond, uno de los más conspicuos representantes de la escuela tradicional allende los Pirineos. *El Método histórico comparativo* se podrá emplear tal vez con fruto después que el alumno haya adquirido un conocimiento regular y alguna práctica en el idioma á cuyo estudio se consagra.

el tema *sermon* y la desinencia *m*, á fin de facilitar la pronunciación, se intercala una *e*, á la que los gramáticos dan el nombre de vocal de enlace ó ligativa.

Lo mismo pudiéramos decir del acusativo de plural, que resulta de la adición de la sibilante *s* al acusativo de singular, pero la *m* desaparece y se compensa alargando la vocal temática, que en singular es breve. Por manera que las varias formas, que afectan los nombres latinos en un caso dado, no provienen de la terminación, que originariamente fué idéntica para todos los nombres, sino de las transformaciones, que sufre la terminación al combinarse con el tema y también de algunas modificaciones que á veces experimenta el mismo tema. No son menos importantes los adelantos debidos á los estudios **Histórico-comparativos**, hechos en otra parte, la más principal de la morfología latina, llamada por esta misma razón el verbo por antonomasia. El examen detenido de esta parte del discurso lleva como por la mano á establecer una sola conjugación. La fonética explica como naturales y regulares formas que, á simple vista, se consideran como anómalas. Aquí, lo mismo que en el nombre, hay una parte fija y que permanece

invariable á través de todas las transformaciones de la conjugación, y además otras que varían para expresar las diversas modificaciones de modo, tiempo y personas. Dejemos á un lado los tiempos compuestos, porque comparando *amavi* con *monui, legi, audivi*; *amaveras* con *monueras, legeras andiveras* y *amaverit* con *monuerit, legerit andiverit*, etc., la unidad de la conjugación en estos tiempos salta á la vista. Nada diremos tampoco de los sufijos modales ni de los temporales, porque, en algunos tiempos simples, como los pretéritos imperfectos, así de indicativo como de subjuntivo, por lo que á dichos sufijos temporales se refiere, la unidad de la conjugación se echa de ver con sólo comparar *amábam* con *monebam, legebam, audiebam*; y *amarem* con *monerem, legerem, audirem*, etc. Unidad que existe también en el futuro imperfecto, aunque parece uno de los más irregulares: el sufijo temporal propio de este tiempo es *bi*, forma inusitada del futuro imperfecto de *fore*, que se conserva en la primera y segunda conjugación. Las otras dos en rigor carecen de la forma propia de este tiempo, y la suplen con la del antiguo optativo. Únicamente me fijaré en los sufijos ó exponentes personales, que son los mismos.

para cada persona en todos los tiempos y conjugaciones. Éstos son pronombres personales sánscritos que, con el fin de facilitar la pronunciación en unos casos y hacerla armoniosa en otros, han sufrido varias transformaciones al combinarse con el tema y los sufijos temporales, desapareciendo por completo en algunas formas, como sucede en la primera persona de singular del presente y pretérito perfecto de indicativo; si bien quedan todavía algunos verbos, como *sum é inquam*, que conservan en la primera persona de singular del presente de indicativo la *m*, raíz del pronombre sánscrito de primera persona de singular *ma*. La identidad de los sufijos personales en todos los tiempos y conjugaciones aparece bien clara en la primera y segunda persona de plural de activa, que acaban respectivamente en *mus* y *tis*, restos de los pronombres sánscritos de primera y segunda persona de dicho número.

Como dejamos indicado ya de un modo general, es punto menos que imposible poseer á perfección un idioma sin conocer también, siquiera sea someramente aquel del cual trae su origen. ¿Cómo podrá sin este estudio comparativo conocer á fondo la hermosa habla de Cervantes, Granada y Fray

Luis de León quien desconozca el idioma de Horacio, Virgilio y Cicerón, que aquellos genios de nuestra época clásica cultivaron con tanto ahínco y esmero y donde como en rico é inagotable manantial aprendieron la propiedad de la dicción, la elegancia en la frase y la rotundidad y armonía de los períodos que resaltan en sus obras? De las 2.000 raíces que tiene el latín han pasado al español 1595; de éstas, 592 solamente se distinguen en ambas lenguas por la terminación. La supresión, adición ó cambio de alguna letra ha modificado un tanto la forma latina en 426.

De pura raza latina son los vocablos, *corona, fábula, poeta, zona* y tantos y tantos otros que empleamos á diario en la conversación familiar y que han pasado al castellano sin variación alguna. *Libro, mundo, claro, próspero* y otras mil expresiones españolas no son otra cosa que otros tantos ablativos latinos. Nuestra sintaxis está basada y calcada en la latina. Ciertamente quien desconozca el ablativo oracional y otros giros propios del latín, no podrá saborear y estimar, en todo lo que valen, ciertas construcciones en que abundan nuestros escritores clásicos.

En la etimología, antes que en la pronuncia-

ción y el uso, está cimentada la ortografía castellana. Apurado se ha de ver para escribir correctamente un gran número de palabras castellanas, el que no haya saludado el idioma del Lacio. Sin mentar casos difíciles, nunca podrá decir el por qué se escribe *h* al principio de los vocablos *hambre*, *harina*, *hijo*, *hilo* y otros mil, de uso vulgar y corriente, quien no sepa que provienen respectivamente de *famis*, *farina*, *filius* y *filum*, donde la *f* del latín se permutó en *h* al pasar al español. Para quien no sepa que *ba* es el sufijo temporal del pretérito imperfecto de indicativo, siempre será un misterio el uso de *b* y no *v*, al escribir los verbos *amaba*, *daba*, *esperaba*, *sonaba*. La ortografía, es como la fisonomía de la palabra; ella es á veces el medio más seguro para remontarnos á su origen etimológico.

No es menos digno de estudio el acento, llamado con justicia el alma de la palabra, factor importantísimo en la formación de las mismas, en las que determina fenómenos de gran importancia. De los idiomas neolatinos el castellano es el que menos se ha separado de la lengua madre en la acentuación. Obsérvase en efecto, que el francés, colocando casi invariablemente el acento

en la sílaba final, abusa de la apócope contrayendo los sonidos que le siguen; al contrario, el italiano, idioma de los esdrújulos ó proparoxítonos, usa con frecuencia de la aféresis. No sucede así en el español. Es ley que domina en la historia de la formación de nuestro romance, que la sílaba acentuada en latín se conserva en castellano. No quiere esto decir que la vocal de la sílaba acentuada pase intacta de uno á otro idioma, no; porque con frecuencia cambian las vocales, subsistiendo la sílaba como puede verse en *cadena* de *catena*, *amar* de *amare*, *puerta* de *porta*, *mesa* de *mensa*, *acusar* de *accusare*, *bueno* de *bonus*, *tiempo* de *tempus*, *señor* de *seniorem*; y, aunque en los verbos de la 3.^a conjugación parece que no se cumple esta regla, la divergencia es tal vez más aparente que real, según observa un distinguido filólogo, siendo verosímil que estos verbos tuviesen en algún tiempo acentuación paroxítona, como los de la 2.^a y, que se dijese *crescere*, *vincere*, *legere*, *crecer*, *vencer*, *leer*. Conviene, sin embargo, no confundir la cantidad prosódica con el acento tónico: en *dico* ofrezco y *dico* digo, en *malus* malo y *malus* mástil recae el acento en la misma vocal respectivamente, pero con cantidad diferente.

Los lingüistas aplicando este *método* al estudio general de las lenguas, han rectificado muchos é importantes puntos de Filología é Historia.

Por mucho tiempo se creyó que la lengua latina era hija de la griega. Así parecían indicarlo las grandes analogías que se notan en la estructura de las palabras y en el organismo de la declinación y conjugación de ambos idiomas y, sobre todo, el gran parecido que guarda con los dialectos *dórico* y *eólico*, pero los concienzudos estudios del sánscrito, cuyo conocimiento, según frase de Bopp, ha sido para la lingüística como el descubrimiento de un nuevo mundo, han rectificado este punto importantísimo. El estudio comparativo del sánscrito, del griego y del latín ha probado de un modo concluyente que el latín no se deriva, como se creía, del griego. Estos dos idiomas, lo mismo que el sánscrito, y todos los indoeuropeos proceden de un tronco común á todos, de una lengua hoy desconocida, y á la que dieron el nombre de ARIA, del pueblo que la usaba. Merced á estos estudios se ha probado que en el sánscrito se encuentran el artículo, el número dual y la voz media del griego de los que carece el latín: en él existen el supino, el gerundio que tiene el latín, pero que no hay en griego.

En el sánscrito se encuentran todos los sufijos formativos y de flexión y que, más ó menos modificados, existen en todos los idiomas indoeuropeos; prueba de que el sánscrito es el idioma que más se aproxima al tronco común.

De lo que acabamos de exponer, se deduce con toda claridad, que existen en las lenguas dos tendencias que se cruzan y contraponen en sus efectos; una que, oponiéndose á toda alteración, tiende á conservar la primitiva unidad del idioma, y otra que se esfuerza por introducir en él nuevas formas y giros que le desfiguran y cambian.

Es un hecho constante y uniforme que los pueblos no abandonan voluntariamente por otra extraña la lengua nativa por imperfecta y rudimentaria que sea. Es el idioma un vínculo que nos liga en estrecho lazo á la familia y á la nación. Entre los diferentes conceptos que constituyen la noción de patria, el principal y el que más caracteriza á un pueblo es la lengua. Las glorias, tradiciones y en general la vida histórica de un pueblo están como encarnadas en el idioma: es éste como un sagrado depósito de inestimable valor, legado de pasadas generaciones, que las presentes custodian con filial veneración para transmitirlo á las venideras. De

aquí la profunda filosofía que se condensa en esta sentencia: "La verdadera patria es la lengua; el abandono y desprecio de la lengua lleva consigo la ruina y la muerte de la patria." Harto conocida es de todos vosotros la historia del pueblo gitano, digno de compasión, más aún que por su azarosa existencia, por la vida casi salvaje en que se viene arrastrando. Desde su aparición en la escena de la historia, hace ya siglos, vive desparramado en medio de varias naciones, y sin embargo, á pesar de las condiciones altamente desfavorables en que necesariamente se encuentra, sigue hablando su propia lengua, si bien de ella se han formado varios dialectos que algunos hacen ascender á trece.

Y si acontece que un pueblo se ve dominado por otro más fuerte y poderoso, entonces, á medida que su situación se va haciendo más difícil y angustiosa, parece como que se acrecienta y arraiga más y más en el corazón de ese pueblo el amor y el cariño á la lengua de sus antepasados. En vano el vencedor intentará implantar juntamente con las leyes y género de vida la lengua propia; porque entonces comenzará una encarnizada lucha en la que sucumbirán varias generaciones, y sólo el tiempo, enemigo invencible y que todo lo arro-

lla, conseguirá que la victoria se declare en favor de los opresores; pero no cabe dudar que en este idioma se conservarán palabras, frases y giros del idioma de los que sucumbieron en la pelea y que modificarán en mayor ó menor escala la lengua de los vencedores.

Lo último que pierde un pueblo es la lengua. Oigamos si no lo que le contestaron al célebre lingüista Humboldt los salvajes de una tribu del Nuevo Mundo. Como en una de sus excursiones encontrase á orillas de un gran río una tribu errante, al preguntarle por los restos de otra tribu aborigen, cuyas huellas había descubierto en un viaje anterior, obtuvo esta respuesta: Todos los hombres de esa lengua han muerto, pero entrad en esa selva y encontraréis un loro, que ha conservado algunas palabras de su dialecto.

No se vaya á creer que con esto intentamos negar que los idiomas sufran cambios y transformaciones, no; y, si bien es cierto que el idioma es lo último que pierde un pueblo, también es innegable que es el primer elemento que se corrompe. Opéranse en todos los idiomas cambios y variaciones, rápidas y profundas en los de los pueblos no civilizados, hasta el punto de que, según cuentan algu-

nos misioneros, después de haberse familiarizado con la lengua de los salvajes, entre quienes desempeñaban su sagrado ministerio, no la comprendían al volver de nuevo, después de una larga ausencia. En los mismos pueblos civilizados si bien el trato social, las producciones literarias, los estudios gramaticales y los buenos hablitas son como dique que contienen y dificultan los abusos y extravíos del vulgo, estos cambios, aunque lentos, son tan constantes y perceptibles que de ningún modo se pueden negar ni desconocer, y todos los esfuerzos que se hacen para contrarrestar estas variaciones no alcanzan á impedir la formación de nuevos dialectos.

La consideración de que la palabra es la expresión de las ideas, afectos, y en general de la vida interior del individuo y de la sociedad; la de que ésta y aquel van ensanchando continuamente el círculo de las ideas, y por lo tanto el de las palabras, teniendo por otro lado en cuenta que el hombre trata de imprimir el sello de su personalidad en todo cuanto cae bajo la actividad de su inteligencia, sin mentar los agentes exteriores, como son la cultura, el género de vida, trastornos políticos y posición topográfica, explican y justifican

las variantes y modificaciones que experimenta un idioma y de las que provienen dialectos, lenguas y hasta si se quiere el diferente estilo de cada persona.

Examinando detenidamente cualquiera de los idiomas de los pueblos modernos, se observa desde luego que cada región adopta sus provincialismos ó maneras de hablar, que afectan no sólo á la palabra, si que también y muy principalmente al sonido. Concretándonos ahora á nuestra lengua nacional, ¿quién no sabe que los naturales de Andalucía usan frases, expresiones y pronunciación propias y peculiares de la región? Provincialismos emplean los catalanes, de ellos tampoco carecemos nosotros, y otro tanto pudiéramos decir de las demás regiones de la Península. Mucho más acentuadas y profundas son estas diferencias en las colonias españolas y en las repúblicas americanas, que fueron en un día rico florón de la corona de Castilla. Emancipadas de la madre patria, introdujeron tales variantes en las construcciones, pronunciación y hasta en el significado de algunas palabras, sobre todo el vulgo, que no sería temerario afirmar que vendrá un día, tal vez no lejano, en que serán otros tantos dialectos derivados del español, pero con vida pro-

pia é independiente. A la vista casi tenemos lo que sucedió con la lengua de Roma. Pequeñas variantes, introducidas en un sólo tronco, en el latín, que luego se aumentaron en tiempo de la invasión de los bárbaros germanos, al contacto de la lengua de éstos, produjeron las diferentes lenguas y dialectos hablados en Italia y en España, en la Galia y en la Helvecia romana, en las comarcas del Pruth y del Danubio. Por este mismo procedimiento se han derivado del sánscrito y en número más considerable las lenguas neindias.

Esta sola consideración basta para echar por tierra, por estar destituídos de todo fundamento histórico y racional los cálculos fantásticos de algunos lingüistas y naturalistas alemanes acerca de la antigüedad del hombre sobre la tierra. Según éstos, teniendo en cuenta el número de lenguas y dialectos conocidos, el hombre lleva como *mínimum* de existencia sobre la tierra unos 50.000 años. Aplicando á nuestro idioma estas descabelladas teorías, el castellano necesitaría 2.000 años para formarse, desarrollarse y llegar á la altura á que se encontraba en el siglo XIII: la perfección, elegancia y hermosura de los escritores de nuestro siglo de oro, supondrían

unos 5.000 años. Las variaciones que desde Cervantes se introdujeron en el castellano acusan por lo menos unos 3.000 años. Por manera que nuestra lengua nacional, que en menos de diez siglos se formó y desarrolló, adquiriendo tal grado de perfección que pocos ó ninguno de los modernos idiomas han alcanzado, necesitaría, según esos cálculos, unos 10.000 años.

De la caída del imperio del Occidente acá apenas van transcurridos catorce siglos, y desde entonces se originaron en la parte meridional y noroeste de Europa el válaco, el italiano, el francés, el español y el portugués con más de quince ó veinte dialectos. Ahora bien, si en tan corto período de tiempo, y como si dijéramos en un rincón de Europa, brotaron tantos idiomas y dialectos, ¿qué inconveniente se sigue de admitir que en 6.000 años que, según los cálculos más aproximados, son los que el hombre cuenta de existencia sobre la tierra, se hayan formado en las cinco partes del globo los 2.000 idiomas y los 5.000 dialectos que cuenta Balbi, máxime si consideramos que las divisiones en los pueblos primitivos, los trastornos políticos tan frecuentes en los antiguos y de los que se conservan monumentos indubitables, debieron influir po-

derosa y eficazmente en la multiplicación de los idiomas?

De lo dicho se colige también que las diferencias en las diversas lenguas y dialectos se han originado por selección de un tipo, y reconocen como causa principal la corrupción y las mutaciones fonéticas. ¿Qué son los diferentes idiomas neolatinos sino el mismo latín más ó menos corrompido y con mayor ó menor número de permutaciones y cambios fonéticos? Hasta donde se remontan los monumentos históricos se ha observado que por este procedimiento se han formado todos los idiomas.

Los estudios de gramática comparada prueban la existencia de tipos lingüísticos, que en épocas remotas dieron origen á otros. Y como no hay ninguna razón ni datos que se puedan alegar en contra, podemos y debemos suponer que lo mismo sucedió en los tiempos prehistóricos, á donde no alcanzan nuestras observaciones.

III

Ahora cabe preguntar, ¿luego todas las lenguas son corrupción de un tipo primitivo, de una lengua única, y de la que en la sucesión de los siglos se derivaron todas las habladas en el mundo hasta el presente, y por lo mismo todos los hombres que se valieron de ellas constituyen una especie y provienen todos de una sola pareja, esto es, de un hombre y de una mujer? ó en otros términos, ¿los estudios lingüísticos confirman el dogma, que profesamos los católicos, de la unidad de la especie humana y de su origen único, y que á su vez es el fundamento de la doctrina que enseña la Iglesia acerca de la universalidad del pecado original y de la necesidad de la Redención?

Desde luego se echa de ver que no tratamos aquí de la facultad de hablar, ni tampoco de la po-

sibilidad física inherente á todo hombre blanco ó negro, amarillo ó cobrizo, de aprender y hablar todos los idiomas del globo habidos y por haber: atributos son éstos que por ser esenciales y exclusivos del hombre, cualquiera que sea su raza, prueban de un modo concluyente que todos, á pesar de las diferencias etnológicas que nos distinguen, somos individuos de una sola y única especie. Con frecuencia se ven chinos que hablan el francés y franceses el chino; españoles que aprenden el malayo y éstos el nuestro; esquimales que se expresan en inglés; europeos que dominan lenguas africanas y americanos que se producen en idiomas europeos. Estos hechos que presenciarnos á diario son la mejor refutación de la hipótesis gratuita de algunos filólogos, mejor diríamos naturalistas, que hacen depender la diversidad de lenguas de la misma facultad de la articulación oral, suponiendo que ésta varía en las diferentes razas. Hipótesis es ésta que el célebre lingüista Whitney, no obstante sus ideas heterodoxas, calificó de pura mitología en las siguientes palabras: "Pretender, para explicar la variedad de lenguas, que el poder de expresarse ha sido virtualmente diferente en las diversas razas; que una lengua contenía desde su origen y

en sus materiales primitivos un principio formador que no se encontraban en otra; que los elementos empleados para un uso formal eran formales por su misma naturaleza, y otras cosas á este tenor, todo esto no es más que mitología pura.“

Aquí se trata de investigar si el conjunto de articulaciones, que modifican y concretan la facultad de hablar, ó de otra manera, si los diferentes modos de usar y ejercitar esta facultad, á los que damos el nombre de lenguas ó idiomas, presentan en sus raíces y desinencias, ó en ambos elementos á un tiempo, indicios de que provienen ó se derivan de una sola lengua. Creemos, sin embargo, de nuestro deber advertir previamente que, en rigor nada se sigue en buena filosofía ni en pro ni en contra del dogma católico, tanto en el supuesto de que todas las lenguas se puedan reducir á una, por proceder de un sólo tronco lingüístico, como en el de que sean en realidad irreductibles; porque cabe en lo posible que Dios Nuestro Señor crease dos ó más especies humanas diferentes, ya simultánea ya sucesivamente, y las dotase á todas de un mismo idioma y entonces tendríamos unidad de tipo lingüístico y diversidad de especies.

La confusión de lenguas de que habla el Gé-



nesis, prescindiendo ahora de si fué antes ó después del Diluvio, es innegable. Y si bien, según la opinión de distinguidos exégetas, se redujo á una simple divergencia de pareceres de los hombres entre sí, que les obligó á dispersarse, también pudo suceder que el Señor los castigase, dándoles lenguas completamente diferentes: y si fueron de tal manera divergentes unas de otras, que esto está por averiguar, y tal vez nunca se consiga dilucidarlo, que no tuviesen punto alguno de contacto unas con otras, entonces tenemos varios troncos lingüísticos en una sola especie humana. Pero aun prescindiendo de todo esto, es innegable que se han perdido por completo algunas lenguas de las que no se conserva ni aún la más pequeña noticia, y por otra parte todavía no están bien estudiadas algunas de las conocidas. Ahora bien, para que pudiéramos demostrar que las lenguas eran ó no reductibles á un sólo tipo, sería necesario que conociéramos todas las lenguas vivas y muertas, que se hablaron en el mundo, desde la aparición del hombre sobre la tierra, hasta nuestros días. Sólo así remontándonos de edad en edad, de lengua en lengua, hasta llegar á la más antigua, y bajando en seguida, examinando las

divisiones y subdivisiones de las mismas, las habladas y las que dejaron de ser vulgares, podríamos pronunciar nuestro fallo en pro ó en contra de la unidad lingüística, pero en ningún caso deducir como consecuencia lógica ni la unidad ni la diversidad de la especie humana. Estas verdades, como todas las reveladas, estriban en un fundamento más sólido é indestructible, en la veracidad infinita de Dios, que ni puede engañarse ni engañarnos.

Mas, como los poligenistas no se cansan de repetir con Hovelacque Crawford y otros, que hay lenguas *irreductibles*, á fin de sacar como conclusión que las razas á quienes pertenecen son en sí originarias y sin vínculo alguno de parentesco con las demás, vamos á exponer brevemente los resultados de las investigaciones de los más esclarecidos lingüistas. De ellos podremos deducir no sólo la falta de datos positivos é inconcusos en favor del poligenismo, sino que aparece como probable la opinión, de los que defienden que todos los idiomas provienen de una lengua única.

Dos son los métodos empleados para investigar el parentesco de las lenguas: el etimológico ó lexicográfico y el gramatical. El primero determina el grado de parentesco fijándose en la identidad de

raíces y palabras. El segundo atiende á la igualdad ó manifiesta semejanza de las leyes gramaticales. El primero, como que únicamente se guía, permítasenos la frase, por los rasgos de fisonomía ó semejanza que presentan las palabras de los diferentes idiomas; y como hay una porción de causas, que no es del caso examinar ahora, que pueden influir en que una misma raíz aparezca desfigurada en los diferentes idiomas que la adoptaron; como por otro lado no faltan tampoco dicciones que, á pesar de proceder de diversas raíces, presentan bastante parecido en varios idiomas, no es de tan buenos resultados como el segundo, que examina la constitución interna de la palabra. Siguiendo este método los lingüistas dividieron las lenguas en tres grandes grupos. Hay lenguas que tienen raíces de una sola sílaba y en las que una misma raíz puede ser nombre, adjetivo, verbo, singular, plural; en una palabra, puede expresar todas las categorías gramaticales sin experimentar variación alguna. Para conocer el oficio gramatical que la raíz, elevada á palabra, desempeña en la frase, se hace preciso atender al lugar que ocupa, al ritmo, tono, gesto, etcétera. Estas lenguas, habladas por chinos, siameses, birmaneses y otros se conocen con el nom-

bre de *monosilábicas*. Ocupan el segundo lugar las llamadas *aglomerativas* ó *aglutinantes*, que, no tan imperfectas como las anteriores, expresan las diversas relaciones gramaticales por medio de partículas antepuestas, intercaladas y pospuestas á la raíz, pero sin formar con ésta un todo sintético, por eso carecen de flexión propiamente dicha. Las lenguas más perfectas y á las que damos el nombre de lenguas de *flexión*, son las que forman el tercer grupo. En éstas los elementos de significación y relación se funden y combinan para formar un todo sintético, la palabra; sólo en ellas hay conjugación y declinación.

Según queda indicado en otra parte de este trabajo, está demostrada la unidad filológica de los pueblos indoeuropeos. “Por las lenguas sabemos, dice el sabio cuanto modesto señor García Ayuso, que los pueblos indoeuropeos vivieron algún tiempo juntos y hablaron un sólo idioma que hoy no existe. En diversos períodos se fueron separando tribus de aquel pueblo, que luego formaron los ocho hermanos, hoy conocidos bajo el nombre común de indoeuropeos, á saber: indios, persas, griegos, romanos, eslavos, litauos, germanos y celtas.” Los distinguidos lingüistas Riemer, Sicoli,

Ewald y otros, haciendo ver las relaciones de afinidad, que median entre el sánscrito y el hebreo, que son los principales idiomas respectivamente de las familias indoeuropea y semítica, han demostrado también el parentesco de estas familias entre sí, y por lo tanto el que existe entre todos los idiomas de flexión.

Respecto de las aglutinantes, los pueblos, que habitan desde Madagascar hasta las últimas islas de la parte más oriental de Oceanía, y desde Nueva Zelanda hasta Sandwich, hablan lenguas ligadas entre sí con lazos de parentesco. Asegura Marsden que, además de la lengua malaya, hay en Sumatra un gran número de lenguas, no sólo de manifiesta afinidad entre sí, sino con los idiomas dominantes en todas las islas del mar oriental, desde Madagascar hasta el punto más lejano de los descubrimientos de Cook. Mucho antes que éstos, ya el verdadero fundador de los estudios de filología comparada, el insigne español é hijo esclarecido de la ínclita Compañía de Jesús, el P. Hervás, puso en su obra monumental, intitulada *Catálogo de las Lenguas*, dos cuadros con ejemplos de numerales y otras palabras en que coinciden los habitantes de las islas de Pascuas, Marquesas, Amigos,

Marianas, Palaos, Filipinas, Java, Sumatra, Madagascar, etc. El parentesco entre estas lenguas del grupo de las aglutinantes es incuestionable y por lo tanto el de los pueblos que se sirven de ellas.

Réstanos investigar ahora si se ha descubierto alguna afinidad entre los idiomas de diversos grupos. Como la división de éstos en los tres grandes grupos, está basada en la semejanza de las leyes gramaticales porque se rigen las lenguas de cada grupo, claro está que, para examinar si hay ó no semejanza entre las de diferente grupo, no podemos echar mano de la gramática, que es la última diferencia, y se nos hace forzoso recurrir á la etimología que es el género. Así como tratándose de lenguas de un mismo grupo, las leyes gramaticales constituyen el género y la lexicografía la diferencia.

No vamos á hablar ahora, porque no lo consienten los estrechos límites de un discurso, de los cambios fonéticos que puede experimentar una letra al pasar de un idioma á otro, y aun á veces dentro de un mismo idioma; ni de la ley de permutaciones de las letras mudas descubierta por Grimm en la familia indoeuropea, y que podría ser más ó menos aplicable á las lenguas de otros

grupos, sólo diremos que los etimologistas han descubierto el gran parecido y los muchos puntos de contacto que hay entre el sánscrito y algunos idiomas aglutinantes. Crawford sostiene que el 11 por 100 de las palabras javanesas son de origen sánscrito; de éste participa el malayo en su 5 por 100. Del examen comparativo del sánscrito y del tagálog, que según muchos, es el principal de los idiomas aglutinantes de Oceanía, resulta que hay muchas palabras idénticas en la estructura y significación, otras que coinciden en la raíz y el tema y otras tan sólo en la raíz, pero siempre en el significado.

He aquí cómo se expresa el dignísimo señor Obispo de Puerto-Rico acerca de la semejanza de estas dos lenguas (1): "He formado un Diccionario comparativo de los idiomas sánscrito y tagálog, y resulta que de los 19.000 términos que éste tiene en el suyo, más de 5.000 son radical ó compuestamente idénticos á los del sanskrit, y aun las voces restantes ofrecen casi todas un corte, una fi-

(1) Unidad de la especie humana probada por la filología. Memoria presentada en el primer Congreso católico nacional español.

sonomía marcadamente análoga á las de la lengua sanskrita."

Pott, á quien los poligenistas no podrán tachar de parcial, dice claramente que el estudio de las lenguas no es contrario á la opinión, que hace descender todos los pueblos de una sola pareja. Herder, no obstante considerar lo que se refiere en el Génesis sobre la confusión de lenguas como un fragmento poético de estilo oriental, sostiene que hay una gran probabilidad de que el género humano y también su lenguaje, suben á un tronco común, á un primer hombre y no á muchos dispersos en diferentes partes del mundo.

Continúa luego desenvolviendo esta proposición apoyándola en las investigaciones gramaticales sobre la estructura de las lenguas, y termina asegurando que, según el examen de las mismas, la separación de la especie humana debió ser violenta, no porque los hombres cambiasen voluntariamente de idioma, sino porque fueron violenta y repentinamente separados. La afinidad universal de las lenguas, dice Klaproth, hállase rodeada de una luz tan brillante que todo el mundo debe considerarla como completamente demostrada.

En la Iglesia, fundada por Aquel que es la Sabiduría increada, no podían por menos de encontrar amparo y protección los estudios filológicos. Hay más: la ciencia del lenguaje no hubiera nacido sin el Cristianismo, ha dicho un autor nada sospechoso, pero que no puede menos de rendir tributo á la verdad.

Los antiguos, encerrados en el estrecho círculo de su pueblo, miraban con desprecio y desdén á los extranjeros y á cuanto de ellos provenía. *Barbaro*: he aquí el estigma con que intentaban denigrar á todo el que hablaba una lengua extraña. A causa de este egoísmo se perdió la noticia de muchas lenguas, cuyo conocimiento revelaría innumerables secretos de la historia de los pueblos y de todo cuanto puede relacionarse con ella. Tales preocupaciones eran una barrera insuperable que se oponía á la creación de la verdadera Filología. Nuestro Señor Jesucristo, enseñando la verdadera fraternidad entre los descendientes de Adán, y predicando que somos hijos de un mismo Padre, que nos tiene destinados á un mismo é idéntico fin, hizo desaparecer estos obstáculos. Al hacer de su doctrina una religión universal, era de todo punto necesaria la lengua como medio de en-

señanza, y el Espíritu Santo comunicó á los primeros predicadores el don de lenguas. Así que desde entonces nunca faltaron en el seno de la Iglesia varones que se distinguieron en el cultivo de la ciencia del lenguaje. Basta recordar los nombres de Aquila, Teodoción, Símaco, que vertieron al griego la Sagrada Biblia. Las Tetraplas y Hexaplas de Orígenes son obras monumentales, que bastarían por sí solas para inmortalizar el nombre de su autor. La Vulgata latina no podrá menos de traer siempre á nuestra memoria el nombre de San Jerónimo, versado como pocos en el hebreo, caldeo, griego y latín. Los abanderados de la ciencia del lenguaje, son precisamente aquellos apóstoles, á quienes un día se les dijo: Id por todo el mundo y enseñad á todos los pueblos. Espectáculo en verdad sorprendente nos ofrecen tantos y tantos varones que, llenos de un santo entusiasmo por la causa de Dios, sin esperanza alguna de terrena recompensa, ni de humano galardón, se lanzaron y lanzan continuamente á dominar idiomas difícilísimos, dialectos salvajes y enmarañados, llevados tan sólo del ardiente deseo de ganar para Jesucristo y para la civilización aquellos seres desgraciados sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte.

Los misioneros católicos fueron los primeros que aprendieron las múltiples y variadas lenguas del Nuevo Mundo, de la India, la China y la Ocea-
nía. Las primeras gramáticas y los primeros dic-
cionarios de estas lenguas fueron obra de los prego-
neros de la fe. Á principios del siglo XVII el Pa-
dre Roberto Nobilibus había dominado el idioma
sagrado de los indios á tal punto que se atrevió
á componer una falsificación de los Vedas. Á me-
diados del siglo pasado, ya el P. Coeurdoux probaba
en unas disertaciones dirigidas al Instituto de Fran-
cia, el parentesco del sánscrito con el griego y el
latín. Abel-Remusat encomia con palabras llenas
de entusiasmo los trabajos y progresos realizados
por los misioneros en el idioma y literatura de la
China.

La Iglesia española no podía quedar reza-
gada en esta clase de estudios. San Isidoro en las
Etimologías, verdadera enciclopedia de los dife-
rentes ramos del saber humano, da también gallar-
da muestra de los vastos conocimientos lingüísticos
que poseía. Las primeras políglotas que se co-
nocieron son las del Cardenal Cisneros y de Arias
Montano. Españoles eran la mayor parte de los
misioneros, que estudiaron y publicaron obras gra-

maticales acerca de casi todos los idiomas de América. Sería descuido imperdonable no tributar aquí homenaje de veneración y respeto al insigne español P. Herbás. *El Ensayo práctico de las lenguas*, *La idea del universo*, donde puso el Padre Nuestro en más de trescientos idiomas, y el *Catálogo de las lenguas*, revelan sus profundos conocimientos lingüísticos.

Inspirándose en estas obras, mejor diríamos, presentando en muchos puntos bajo otra forma las doctrinas del humilde hijo de San Ignacio, han adquirido fama y renombre universal Heyse, Humboldt, Steintal y otros distinguidos lingüistas modernos.

La Iglesia, atenta siempre al bien de las almas, fundó la Congregación *De Propaganda Fide*, que si bien, como su nombre lo indica, vela con preferente atención por la propagación de la fe en países de infieles y cismáticos, no descuida tampoco, por ser medio indispensable para llenar cumplidamente su misión, el estudio y cultivo de las lenguas. Único Centro de este género en el mundo, en sus escuelas educa é instruye jóvenes de los más apartados países y que hablan diferentes lenguas. Su imprenta no tiene igual en el mundo: en ella se

editan obras en gran número de idiomas. Sus archivos atesoran datos de inestimable valor á los que forzosamente tienen que acudir los que deseen estudiar la vida y la lengua de muchos pueblos.

HE DICHO.



M: 476999